

Las Fuerzas Armadas en el futuro

Capitán general Manuel Gutiérrez Mellado

[Conferencia pronunciada en la inauguración de la Cátedra «Miguel de Cervantes de las Armas y las Letras» de la Academia General Militar, 22 de septiembre de 1994]

PALABRAS CLAVE: Defensa; Enseñanza militar; Fuerzas armadas; Fundación de Ayuda contra la Drogadicción; Guerra Civil; Manuel Gutiérrez Mellado; Política de defensa; Reforma militar; Reforma política; Transición española.

Excmos. Señores. Señoras. Amigos todos:

Se presenta ante vosotros caballeros alféreces cadetes, caballeros y damas cadetes, caballeros alumnos, el sargento galonista de la Cuarta Compañía, Curso 1930/1931, Manuel Gutiérrez Mellado.

¡Sargento galonista!

Nadie como vosotros para comprender la alegría de las horas siguientes al nombramiento: buscar y coser apresuradamente los galones en las guerreras; comprobar la satisfacción que sienten los amigos por tu nombramiento; poder ir en las diferentes formaciones (comedor, clases, estudio) fuera de filas. ¡Cuántas pequeñas cosas, pero qué feliz te hacen! Desde el principio sabes que tu misión es apasionante pero difícil; tienes que mandar a cien cadetes, a cien compañeros, pero al mismo tiempo hacer que se cumpla el servicio conservando su amistad.

Hace muchos años dije que era precisa la integración de las Fuerzas Armadas en la Sociedad. Y digo integración y no solo cooperación pues aquéllas no son sino una pieza, todo lo importante que se quiera, pero dentro de un sistema armónico y completo; es decir, la sociedad democrática por cuya implantación entonces luchamos y cuya existencia es hoy una realidad en nuestra Nación.

Y si es importante la integración plena —Ejército-Sociedad—, lo es todavía más un aspecto parcial de ella. Me estoy refiriendo a la simbiosis indispensable, según mi criterio, que debe existir entre los Centros de Enseñanza Militar y la Universidad.

Cuando he tenido la suerte de convivir algunas veces, aunque solo fueran horas, en ambientes universitarios (Barcelona, Yale, Heidelberg, Menéndez Pelayo, Salamanca, la

Complutense) a través de seminarios, cursos o conferencias, he llegado a olvidarme de mi categoría de «carroza», porque además comparto la teoría de don Gregorio Marañón que sostiene que se sigue siendo joven mientras «se da cara al viento, por mucha fuerza con que éste sople y no se busque refugio donde protegerse». Fórmula que yo me atrevo a aconsejar y trato de practicar. Demos pues cara al viento todos, cada uno en su puesto, ahora y en el futuro, y en cualquier situación, aunque las circunstancias sean difíciles y aunque aparezcan quizás demasiadas nubes en el horizonte.

Nuestra enseñanza militar debe colaborar con la Universidad y recíprocamente. Es preciso que nuestras academias la conozcan, la admiren y la consideren también suya y al contrario, que los universitarios, catedráticos y alumnos, sepan de nuestras enseñanzas, de nuestros ideales, de nuestra mentalidad e incluso de nuestros defectos, pero también de nuestras virtudes, que me atrevo a afirmar superan a aquéllos.

Y antes de seguir adelante, gracias a vuestro director, gracias mi general por la invitación que me has hecho para asistir a estos actos que me van a permitir disfrutar de uno de los días más felices de esta recta final de mi vida.

Es un verdadero honor para mí el poder intervenir en la inauguración de este Curso Académico y de la Cátedra Miguel de Cervantes.

Mi especial saludo para las autoridades universitarias y para los compañeros y amigos de Zaragoza que nos acompañan.

Profesores de esta Academia: recibid la amistad de un viejo compañero.

Y ahora yo os ruego, jóvenes de hoy, hombres y mujeres del futuro, que me acompañéis mentalmente en un rápido recorrido por los diferentes empleos de una larga carrera militar. Así podréis conocer ciertas circunstancias singulares que concurrieron en ellos, de las que quizás, os será posible sacar alguna enseñanza.

Tuvo especial relieve la obtención de la estrella de alférez, lo que suponía ser ya un mando del Ejército, modesto, pero mando. Gran satisfacción fue el empezar a recibir el saludo de suboficiales y tropa, a los que me apresuraba a contestar con diligencia; noble saludo que no supone humillación, en modo alguno, sino solidaridad completa entre quien lo hace y quien lo recibe. Es un dato decisivo para valorar la disciplina. Se comentó que algunos nuevos alféreces obsequiaron con un duro de plata, de los de entonces, al primer soldado que les saludó.

Salir teniente de la Academia Especial de Segovia —Artilería— supuso la terminación de una fase de estudios y el comienzo de una nueva, en la que ya iba a ejercer mi profesión, a la que mi vocación me había llevado. Yo, y estoy seguro que también

vosotros, la sentís intensamente. Porque, ¿hay algo más sagrado, más apasionante y misión más honrosa, que conlleve mayor responsabilidad, que ser protagonistas principales pero no únicos de nuestra Defensa Nacional?

Los actos más agradables en este empleo eran los que exigían contacto directo con la tropa, con los soldados de España, con hombres procedentes de todos sus rincones. Me atrevo a aseguraros que el soldado español es uno de los mejores del mundo si se le manda bien. No lo olvidéis. Tuve la satisfacción de ejercer mi primera «Cátedra de Enseñanza» al ser nombrado profesor de la Escuela de Aspirantes a Cabo, cuyos alumnos eran una veintena de reclutas, admirables en muchos aspectos, pero con una falta casi completa de cultura. Cosa bien triste y bastante corriente en aquellos años treinta.

El ascenso a capitán tuvo mucha importancia para mí. Bueno, ya sabéis: «capitán, aunque sea de bandidos». Accedí en plena guerra, y eso hizo que este empleo fuera en el que pude hacer algo importante por la causa que yo elegí; fui el único oficial del Ejército que, sin servir un solo día al bando contrario (nada de agente doble), atravesó los frentes de combate tres veces, aprovechando una de ellas para contraer matrimonio con una segoviana que hoy está aquí entre nosotros. Después de diversas vicisitudes, no muy agradables, conseguí en unión de un grupo de personas muy reducido, pero muy valerosas, montar un Servicio dependiente de la 14.^a División del Primer Cuerpo de Ejército, que nos permitió evacuar a Zona Nacional a numerosos oficiales que sufrían persecución, con el consiguiente peligro de detención o muerte; establecer un contacto diario por radio, y conseguir ciertos datos que tuvieron importancia para la resolución de la guerra. No se me olvidará nunca mi actividad durante el empleo de capitán.

Pero antes de seguir quiero advertiros de que, como habréis notado, el teniente general Calderón tiene una carga de amistad hacia mí verdaderamente exagerada. Por eso yo os pido que rebajéis cuanto ha dicho y consideréis que sus frases han sido siempre demasiado benévolas.

Gracias, mi general, por esa amistad y ese afecto a los que te correspondo plenamente. Sentimientos que comenzaron hace muchos años cuando tú eras un joven oficial y yo un «menos joven» teniente coronel. Comentábamos nuestras preocupaciones y soñábamos con nuestras ilusiones, pensando siempre en el bien España. Sé que estás aquí representando al jefe del Estado Mayor. Trasmítele toda mi gratitud por cuanto ha hecho por mí ascenso.

Al ascender a comandante y teniente coronel te conviertes en jefe, ya has dejado de ser oficial. Tuve la suerte, siendo teniente coronel, de conectar directamente varios veranos con otros jóvenes también estupendos, como vosotros: los que constituían la Milicia Universitaria. Mi mejor recuerdo para aquel Campamento de La Granja.

Ya eres coronel, el mando más completo de todo el Ejército. No tengáis prisa en llegar, pero acordaros de mí la primera vez que, al entrar en el Regimiento, oigáis los tres puntos con que os recibirán. Se dice que un Regimiento es lo que es su coronel. Su responsabilidad es grande, pero las satisfacciones son muchas. Con mi Regimiento ganamos dos «guerras»: eran las grandes maniobras «Almenara» y «Navaja» de la Primera Región Militar. Yo mandaba, por enfermedad de mi general, el bando más débil —el Rojo— contra una potente División Acorazada —el Azul—.

En definitiva, de coronel tienes que lograr que la capacidad operativa de tú Regimiento sea máxima. Tienes que aceptar que pueda haber otro igual, pero ninguno mejor. Para ello, entre otras cosas, necesitas que tus mandos subordinados y tu tropa —no olvides la tropa— te respeten y quieran.

Si habéis sido felices al lograr la tercera estrella de ocho puntas serán momentos mejores todavía cuando os haya de llegar la faja roja de general; yo os confieso que, estando una vez solo, llegué a mirarme en un espejo para ver «qué tal me caía». Mi recuerdo de este empleo va unido a que, siendo general de brigada, hice cuanto pude, a través de informes a mis superiores, para que se abandonase el Sahara. «Estoy harto de perder guerras con honra». Por ello tuve algún disgusto, pero así lo creía y así lo decía. Mi ascenso a divisionario me proporcionó el poder disfrutar de un período feliz al ser nombrado comandante general de Ceuta. Mis recuerdos de aquella admirable guarnición y del afecto de su población hacia mí son inolvidables.

Y lógicamente llegó, con ocasión de vacante, lo que debía significar el final de mi vida militar: ¡El empleo de teniente general!, ¡Capitanía General de Valladolid!, ¡Jefatura del Estado Mayor Central! Son destinos que ocupan un lugar preferente en mi mente.

Todo parece haber sido sencillo y alegre, aunque apasionante, porque presidió siempre la vocación. Otra cosa hubiera sido si ésta hubiera faltado.

Quiero hacer una mención especial de mis compañeros de Estado Mayor, de mis compañeros de la «Faja Azul». Faja Azul que he depositado hoy en vuestro Museo, dándola así el mejor cobijo. Mi respeto y admiración a todos los compañeros que la llevaron, la llevan y la llevarán en el futuro.

¡Faja Azul!, símbolo característico del Estado Mayor, cuya principal virtud ha de ser la lealtad al Mando. Ahora es imposible que os diploméis, pero en cambio sí es el momento para tomar ya la firme decisión de hacerlo en cuanto las circunstancias lo permitan. Es nuestro doctorado. Después os acordaréis siempre de la Escuela de Estado Mayor, donde se pasan muy malos ratos en clase (se vuelve a ser alumno), pero se aprende también de veras a trabajar. Os enseñarán estrategia, táctica, organización..., pero sobre todo a analizar, enfocar y plantear los problemas para su resolución. No he olvidado nunca aquella frase de un magnífico profesor que tuve que, al empezar un tema, siempre decía: «¿De qué se trata...?».

Pero estábamos hablando de cuando alcanzas el empleo de teniente general: príncipe de la milicia. En él estás expuesto a la mirada de toda sociedad y tienen que ganar la batalla de que aquélla se sienta orgullosa de ti. Te van a surgir problemas muy variados, no solo procedentes del Ejército, sino también desde fuera.

Gratitud para mis queridos amigos del Consejo de Estado y de la Fundación contra la Drogadicción, que en estos tiempos me vienen dando todo su apoyo y amistad. Cómo no agradecer que se han desplazado hasta aquí, con el solo fin de acompañarme en estos momentos, tan importantes para mí.

El puesto de jefe del Estado Mayor Central llenaba todas mis aspiraciones, aunque siempre había tenido la esperanza de ser jefe del Alto Estado Mayor, hoy Estado Mayor de la Defensa, dado que en diferentes empleos había pertenecido a aquel organismo.

Pero el destino se desvió y fui nombrado para otro cargo en el que nunca había pensado. En él sufrí varios arañazos. Pasé momentos tristes, pero creo que también se sirve a España cuando te insultan sin razón. Aquel nuevo destino permitió, entre otras muchas cosas, reorganizar unos Ministerios, establecer el Día de las Fuerzas Armadas con el homenaje a la Bandera; publicar con rango de ley las Ordenanzas Militares, crear el CESID, el ISFAS y la Oficina de Relaciones Públicas con la Prensa. También fue una gran satisfacción tramitar el nombramiento de almirante de la Armada a favor de S. A. R. don Juan de Borbón y reivindicar la memoria de los generales Aranda y Díez Alegría. Descansen todos en paz.

Pero sobre todo, desde aquel puesto se trató de que para nuestro Ejército surgiera, además de los clásicos, un nuevo papel, una nueva misión, una misión atípica pero fundamental: «El ser un factor importante para la paz entre españoles», misión que en estos últimos años se ha visto confirmada en diversos lugares fuera de nuestra Patria. Y a esta «idea de maniobra» dediqué todo mi esfuerzo. Pero éste no hubiese dado todos

sus frutos si, en aquellos años, difíciles y tensos pero apasionantes, no hubiera contado con un verdadero equipo, formado por jefes de los tres Ejércitos, hoy ya situados en los más altos escalones de la Milicia, que constituyeron un gabinete de trabajo y que me dieron su apoyo, incluso en algunos momentos muy difíciles. Vuestra lealtad fue ejemplar. Vuestra amistad impagable. Vuestro trabajo muy eficaz. Por eso quiero en este acto solemne deciros: «Gracias, queridos amigos».

No puedo dejar de comentar por último, aunque sea muy levemente, mi último empleo: El de capitán general del Ejército con carácter honorífico. Lo he recibido con la mayor humildad, pero no con menor emoción. Es verdaderamente difícil describiros lo que sentí cuando el jefe de Estado Mayor del Ejército me comunicó su propuesta, que se convirtió luego en realidad cuando el Gobierno la aceptó y dictó el correspondiente real decreto. Gracias a cuántos han intervenido en este ascenso (alguno, aquí presente, no podrá negar su parte de «culpa»). Sé que fue bien recibido en muy altas instancias.

Pero empecé diciendo que me presentaba como galonista de la Segunda Época de esta maravillosa Academia. Y diréis: ¿tan importante es el haber sido cadete? Para mí, definitivo, porque la formación que aquí recibimos tiene cierta semejanza con algunos fenómenos genéticos, es decir, nos va a marcar indeleblemente con las más señeras cualidades a las que debemos aspirar: sacrificio, valor, compañerismo, solidaridad, entre otras. La formación en la Academia marca toda una vida militar y puedo deciros que, en un momento muy crítico de mi vida, relativamente reciente, hice pura y simplemente lo que me habían enseñado de cadete.

Futuros oficiales, que indudablemente disfrutaréis de una serie de avances técnicos extraordinarios al incorporaros a vuestras unidades, no olvidéis nunca los valores morales que aprendisteis aquí.

Ahora, yo os pido a vosotros y a los que os sigan, que al integraros en las Fuerzas Armadas del futuro influyáis de manera decisiva en que aquéllas rechacen para siempre lo que se ha llamado la tentación del «poder militar» y que, en cambio, respondan a los siguientes nobles y hermosos ideales.

- Estar constituidas por hombres y mujeres entusiastas con entrega total a su quehacer profesional, identificados con la Sociedad en la que deben estar integrados y capaces de merecer el amor de su pueblo.
- Lograr el máximo adiestramiento, pero acompañado siempre por una alta formación ética, moral y humana.

- Practicar una disciplina, fuerza fundamental de los Ejércitos, que no sea un simple compromiso pasivo o una actitud temerosa ante la sanción, sino consciente y no ciega.
- Tener grabada en sus mentes la virtud de la lealtad. Lealtad en todas las direcciones, hacia el superior, hacia el subordinado, hacia el igual. Lealtad a España, a sus leyes, a nuestro comandante supremo: el Rey, y a los que rijan el Gobierno de la Nación, así como a las gentes de todos los rincones de España.
- Saber adaptarse a la realidad social de cada momento, siendo fiel reflejo del pueblo, evitando convertirse en una casta aparte, sin por ello renunciar a sus principios esenciales, a sus tradiciones, a su liturgia y al orgullo por su vocación. No se trata de mandar sino de servir.
- Ser conscientes de la enorme responsabilidad que recae sobre ellas al recibir el sagrado depósito de las armas que les entrega confiada la Nación.
- Estar convencidos y satisfechos de ser los principales protagonistas, aunque no los únicos, de la Defensa Nacional.
- Aceptar la crítica pero sabiéndose protegidos por la ley contra amenazas, ultrajes o difamaciones.
- Mantener contacto con los medios de comunicación (Oficinas de Información), los cuales deben eliminar o, al menos, no recoger el rumor insidioso o la crónica alarmista que tanto mal pueden llegar a producir.
- Ser capaces de proyectar su mentalidad militar, basada en los principios de sacrificio y entrega, hacia el resto de la Sociedad, pero sin dejarse llevar por el pecado de la soberbia y, al contrario, ser capaces de asimilar todo lo bueno y noble que existe en otras capas sociales.
- Reconocer que no acaparan exclusivamente el honor, el patriotismo la honestidad, el valor y el sacrificio.
- Tener siempre presente que su razón de ser es la de estar prestos para actuar en cualquier momento, si desgraciadamente llega la hora de la verdad —la de combate— y que entonces han de responder con plena eficacia a la confianza, esfuerzo y sacrificio que les otorgó la Nación.
- Ser políticamente apartidistas, sin intervenir activamente en el juego de los partidos.

- Mantener su liturgia tanto en actos públicos como en sus acuartelamientos, guardando especial sensibilidad respecto a los símbolos, tanto ajenos como propios, pidiendo para todos ellos la comprensión y el respeto.
- Rechazar la guerra pero sin temerla.
- Conocer nuestra historia sin renegar de ninguno de sus periodos, pero analizándolos con objetividad, sobre todo cuando se refiere a los resultados de pasadas contiendas; orgullosos de nuestras victorias, pero estudiando también humildemente las causas de nuestras derrotas.
- Reconocer que el soldado o marinero es un protagonista muy importante, evitando el error de pensar que los Ejércitos están solo constituidos por los cuadros de mando, y que sepan que nada se podrá lograr si la tropa, en el sentido más noble de la palabra, no alcanza determinados niveles, no solo de adiestramiento sino de la voluntad de luchar y vencer.

Por último, y no cabe mayor actualidad, las Fuerzas Armadas tienen que ser un instrumento de nuestra política exterior, principalmente como factor de disuasión. Por todo ello, en estos últimos años hemos logrado que la intervención de nuestros cascos azules haya sido ejemplar y generosa. Y su misión, como antes decíamos, ha sido una misión atípica: luchar por la paz en países asolados por crueles guerras. Yo quisiera desde aquí que todos en nuestro pensamiento les dediquemos nuestros mejores deseos.

No puedo dejar de contaros que he hablado con personas que han tenido contactos con algunos de los cascos azules que han regresado a España y me han dicho algo verdaderamente impresionante. Cuando hablas con ellos, me contaban, te comentan alegremente lo que hicieron; pero de repente dicen: «esos niños, esos niños...», y se quedan callados mirando hacia delante..., hacia no se sabe qué. ¿Qué habrán visto?

He abusado de vuestro tiempo y voy a terminar haciéndoos un ruego: que cuando levantéis vuestra copa en cualquier ocasión, brindéis siempre «por el Rey».